

3

TERCERA ARLEQUINADA.

Bonis nocet quisquis pepercerit malis.

A los malos, cuando menos
se deben dar sendos palos;
que el que perdona á los malos,
hace gran daño á los buenos.

Son increíbles las ocupaciones que han cargado estos dias sobre mis débiles espaldas. Debo haberles caido en gracia á cuantos tienen negocios en esta capital é islas adyacentes, y chorrean cartas por el correo que es un regalo. El uno me pide una canongía: contéstole con el decreto de Córtes, y me replica: ¿Estamos aquí ó en Babia? ¿qué quiere decir cristiano? ¿no se están dando canongías á pedir de boca? y digo ¿no he hecho yo tambien mis méritos constitucionales, si no tan campanudos á lo ménos tan insignifican-



tes como los del nuevo canónigo *Prolongus*? Otro me encarga que le pretenda una plaza de juez de primera instancia: bien: vamos á ver: ¿qué ha sido Vmd. ántes? — Corregidor — ¿Y dónde? En A.....—Traslado al Ayuntamiento de A... — Este dice que el Corregidor es tan liberal como *Mata-Florida*, tan humano como Galinsoga, y tan justo como Pilatos — pues, señor, lo que es á A... no irá Vmd. de Juez de primera instancia; pero sí á la primera que vaque para egercer sus talentos Matafloridianos, Galinsoguescos y Pilatinos — Tras, tras — ¿quién es? — El cartero — Otra te pego! — pues no es mas que de Bayona — ahí ván cinco reales y un cuarto para que el diablo no se ria de la mentira: abro y leo — querido primo — ya te acordarás de mis travesuras y de mis flaquezas. Aquellas fueron administrativas y estas judiciales. Sub-prefecto y juez de un tribunal criminal, creo que tengo

justos motivos para ocupar los mismos puestos que mis concólegas egercen hoy en esa capital. Búscame pues una plaza de folletista en calidad de lo segundo, y otra de mescolanzista en la de lo primero, en lo que me harás merced. = Tu afecto primo N.

Señores ¿qué es esto? ¿nos hemos vuelto locos? ¡pues qué! ¿No hay mas que quiero un empleo, y allá vá un empleo? ¿Son estos bufuelos que se echan á freir? En primer lugar, no se dán empleos á todo el que los pide, y mucho menos á todo el que los merece: porque esto de merecimientos es bueno para la Corte de los Cielos: en segundo lugar: ¿ha estudiado Vmd. ocho años de Universidad? —No señor— pues vaya Vmd. á que le dé un empleo el gran Turco — pero señor ¿solo el estudiar en Universidad dá talento? Si señor. —¿y honradez? — Si señor: el arrastrar hopalandas siete ú ocho años en Universidad lo dá todo, hasta ciencia infusa, hasta tersura ministerial, hasta ganas de comer.

No tenia yo pocas en aquel célebre convite, á que me convidaron (¡ que elegancia !) con motivo de mi conocido patriotismo... ¿ y á qué me convidaron ? á morir de hambre y de sed : ello es que me contenté con el alon de una gallina y una escurridura de botella ; pero tambien oí buenos versos y salí con hambre , pero contento. Al dia siguiente , otro banquete , y bueno. Aquí no hubo versos , pero hubo palabras mayores , no precisamente en el convite , sino algunos momentos ántes , entre el gefe (1), y S. E. Él que queria dinero y ella que no estaba de humor de darlo : en riesgo estuvimos de quedarnos *per istam*, porque la parte actora tenia la razon de su parte , y si se hubiera empeñado en ello , nos hubieramos tenido que ir todos unos tras otros á la fonda del Norte que es la mas inmediata.

(1) Gefe de cocina , se entiende , segun el nuevo modo de hablar.

Por el contexto de lo que precede, habrá venido en conocimiento el piadoso lector, de que yo soy un hombre de forma, que me rozo con gente gorda. Los grandes, sobre todo, son los ciudadanos cuya sociedad me es la mas agradable. ¡Son tan grandes! ¡y tan generosos! ¡y tan caritativos!

No citaré mas que una prueba de esta propension á la beneficencia con que se distingue tan benemérita clase. ¿Quién no ha visto por las tardes en el paseo del prado un *landó* encarnado perenemente ocupado por un señor con anteojos verdes? Pues este señor con sus anteojos y todo, acogido á la proteccion de un grande, ó de una grande, goza, triunfa, vive y se divierte, riéndose con razon de los que van á pie y comen su puchero, por falta de tan noble y decorosa industria.

Sé que me dirán que esto ya pasa de castaño oscuro, y que el escoger siempre los mismos sugetos

contra quien dirigir mis ataques, prueba mezquindad de meollo y pobreza de imaginacion. Respondo que yo ataco lo que mas frecuentemente se presenta á mis ojos, porque no soy de los que andan mendigando asunto, y apurando el consonante, sino que salgo por esas calles con mi librito verde en la mano, y á cada necio que veo, hago una cruz, de modo que ya puede imaginarse el piadoso lector si se irá convirtiendo en calvario el dichoso librito.

Pues como decia de mi cuento, nada ven mis ojos con mas frecuencia que al caballero de las verdes antiparras. ¿Voy á Palacio? allí está plantado en la Secretaría de Estado esperando que le aumenten la pension, ó que lo introduzcan *in nostro docto corpore*; dicen que así se lo tiene prometido un Ex-ministro que tiene ganas de volver á serlo, y en cuyo favor no hay cosa que no haga el susodicho *antiparrado* pensionista: como v. gr. imprimir folletos,

sembrar especies , hablar á embajadores y otras obras de caridad que probablemente no producirán fruto alguno , ni es menester. ¿ Voy á las sociedades patrióticas ? Catatelo encima de la mesa defendiendo con toda la fuerza pulmonal al futuro Mecenas. Pareciame á mí sin embargo que hombres de esta calaña estarían mejor en un rincon dándose golpes en los pechos , y pidiendo á Dios misericordia por los tuertos y desaguizados que han manchado su vida.

¿ Y quién tiene la culpa de este ahinco universal con que se aspira á los empleos como si el tesoro público fuera un manantial inagotable y la única riqueza de la Nacion española ? Lo diré en dos palabras: pero no : algunas mas se necesitan para contar la muchedumbre de obstáculos que halla en España todo el que quiere prosperar de otro modo; por supuesto , seria necesario tomar la cosa desde un principio , y examinar la causa de la acumulacion de

propiedades , de las travas de la industria &c. &c. &c. cosas tan altas, tan graves y tan importantes que sería cosa de morirse de fastidio , el querer determinarlas: porque ha de saber el curioso lector que el autor de la Arlequinada no escribe para ilustrar (nadie escribe para ilustrar por mas que se diga) ni para dirigir la opinion , de que se juzga incapaz , ni para ganar dinero , como lo hace el autor de la Periódico-manía , confesándolo de un modo tan noble, decoroso y filosófico. Ninguno de estos motivos, incitan como digo al autor de estos folletos: muévelo tan solo la gana de reir, el natural buen humor de que la sábia providencia lo ha dotado , el deseo de divertirse á costa de tanto mentecato como Dios ha echado á este mundo.

Y ya que hablamos de mentecato y de Periódico-manía (cosas que tienen entre sí la mas íntima relacion) ¿ será cierto que ha enarbola-

do la pluma contra los pobres dia-
ristas de la capital el mismo que
enarboló la espada de Temis cuando
vestida de granadero frances, iba
esta Diosa haciendo fechorias por
las provincias de España? Digo y
redigo que no lo creo y que no me
dá la gana de creerlo; pues no me
puedo persuadir que haya llegado
á perderse la verguenza entre noso-
tros hasta el extremo de esponerse
á recibir pedradas quien tiene un
tejado tan quebradizo. Yo por mi parte
sé que si hubiera tenido la desgracia
de apartarme de la causa sagrada de
la Nacion, y de la independendia,
si mi mala suerte me hubiera colo-
cado en un Tribunal instituido en
el seno de mi Patria por manos ex-
trangeras, si despues la generosidad
de mis compatriotas hubiera hecho
la vista gorda sobre mi ilegal resi-
dencia en medio de ellos, buen cui-
dado tendria de cerrar el pico, y
de no decir *esta boca es mia*. ¿Cómo
habia yo de ponerme á escribir dia-

rio, y á pronunciar las dulces palabras de patria y libertad despues de haber desonrado mi pobre catadura con el uniforme, por ejemplo, de subprefecto, ó de cosa semejante? Bonito soy yo para eso.

Hablemos de cosas mas alegres que de autores *famelicos*, y de cosas mas nobles que de españoles *transfugos*. Dios los de pan á los primeros, y llame á los segundos á verdadero conocimiento; y nosotros entre tanto que tenemos nuestro pucherito á medio dia, y nuestro guisado á la noche, y que no hemos abandonado jamás la causa de la Nacion, tratemos de otra cosa.

Ganas tenia de que saliese á luz el tercer número de la Arlequinada para desahogar el pésimo humor que me ha inspirado el bueno de don Justo Balanza con sus condenados cálculos sobre diezmos. Es cosa que se me exalta la bilis cuando me tocan á este punto, porque asi como vivo en la persuasión de que los ca-

nónigos son los ciudadanos mas útiles del Estado, asi creo que si se pusiera en sus manos la recaudacion de todas las rentas públicas, otro gallo nos cantára y mas nos creceria el pelo. Fundo esta opinion en una razon que no tiene vuelta de oja. Llega el caso de repartir la contribucion del reyno en los pueblos: los ayuntamientos suelen componerse de algunos calzonazos, llenos de contemplaciones, y amigos de paños calientes. Empiezan por los pájaros gordos, y los cargan la mano; llegan á los pobres, y entran las consideraciones; que si fulano cogió poco trigo, que si á zutano se le helaron los olivos, que si á menganito se le murieron las vacas.... en fin el resultado es que se le suaviza la pildora, y se le aligera la carga. Luego queda abierta la puerta á las reclamaciones: las diputaciones provinciales son un hato de buenos hombres, y el que es pobre y no tiene con que pagar, se que-

da sin pagar y se sale con la suya.

Pero en los diezmos... si... que le entren moscas. Primeramente aquí no se juega: escomunion *ante omnia* al que no paga, y sino basta, soldados y tente perro. En segundo lugar que sea pobre, que sea rico, poco importa. Cada uno paga segun lo que tiene, que es una cosa muy puesta en razon. La iglesia se contenta con tomar lo que le toca. No importa que el pobre pague relativamente mas que el rico, pues estas son exageraciones de una clase de gentes que se llaman economistas y que son capaces de probar que dos y dos no son cuatro. Los canónigos que no entienden de estas sutilezas cobran á *prorrata* de lo cogido y la prueba de que la cosa está en el orden, es que les luce y les engorda, pues hay algunos tan ro-
Hizos, tan colorados y tan floridos, que es una bendicion. No sucedería asi, si su riqueza procediera de medios ilícitos: ó sino, que me digan,

si jamás han visto un usurero que no esté seco como el pergamino y amarillo como el azafran.

Y luego las obras de caridad que hacen, y las sumas que distribuyen con tanta magnificencia y oportunidad. Todavía me parece que estoy viendo á aquel ministro tan buen cristiano y hombre de bien, como que no quiso admitir la placa de brillantes de la órden de Carlos III que le regaló el Cabildo de una catedral de Andalucía por no sé que gatuperio: por fin tuvo que admitirla, pero ¡con cuanta repugnancia! Ello era cosa de diez ó doce mil pesos, y tan limosna fué aquella suma, como la que reparten los mismos señores capitulares á la puerta de su catedral.

Aquí tengo que tropezar otra vez con los descontentadizos criticastros de la edad presente, muy empeñados en que esta distribucion de limosnas, no sirve mas que para mantener la holgazanería y alimentar á cuatro pícaros perezosos que

estarian mejor tirando de un arado. Pero para que se vea lo que puede la ojeriza, y la mala intencion, haré tan solo la reflexion siguiente. ¿Hay en Madrid cabildo de Canónigos? No señor. Por ahora no se trata de eso, porque no es regular incomodar á los Padres de la compañía que tantos bienes nos han traído. Y porque no hay Canónigos, ¿deja de haber mendigos en mayor número que los que obstruyen las puertas de todas las catedrales de España? Luego no son los Canónigos, los que mantienen la mendicidad. Me parece que este argumento no tiene respuesta.

Y no se tome en mala parte lo que llevo dicho acerca de la abundancia de pobreteria que inunda las calles, iglesias y paseos de esta heroica Villa, pues léjos de culpar en esto á la policia me parece que lleva sus fines secretos en proteger la mendicidad; y voy á decir la razon en la que lo fundo. Bien sabida es la moda dominante en el

dia de estudiar las ciencias naturales; y bien sabido es tambien que de todas las ciencias naturales, las que mas nos importan son las que atañen á la curacion de nuestras propias dolencias. En la escasez de fondos de que adolece nuestra Nacion, y de que adolecerá á pesar de los conocidos talentos del actual ministro de Hacienda, no es casi posible fundar los establecimientos necesarios para la propagacion de tan útiles conocimientos: Teatro anatómico, gabinete de piezas naturales ó imitadas &c. &c. Pues señor; medio sencillo de evitarse todos estos quebraderos de cabeza: llamar á Madrid á todos los mancos, cojos y tullidos, monstruos y enanos, valdados y mutilados que vagan por las provincias de España, y de aquí resulta que el que se sienta en una tienda los sábados, ó en una silla del prado cualquier dia de la semana, con solo pasar en revista los objetos que se le presentan, puede es-

tudiar tranquilamente todos los afectos que incomodan á nuestra pobre naturaleza, y todas las protuberancias, tubérculos, herpes, elefantiasis y demás degeneraciones y aberraciones de los sistemas osteológico, miológico, nevroológico, linfático y muscular.

Lo mismo digo de la grandísima pamplina de los cuadrúpedos muertos que se encuentran reposando y pudriéndose á cada paso en las calles de Madrid. Hartos estamos de oír decir á los viageros que vienen haciendo ascos á todas las cosas de España, que en Inglaterra y en Alemania, un perro ó un gato muerto, es oro puro, pues sirve para fecundar las tierras, y otros primores por este estilo. Y ¿qué mayor idea podemos nosotros dar de nuestra magnanimidad, y de nuestra longanimidad que echar por esas calles el oro puro? ¿desperdiciar lo que los otros aprovechan? ¿arrojar lo que los otros guardan? ¿No es

mejor distinguirnos por estos rasgos grandiosos de las Naciones cultas que asemejarnos á ellas en prácticas mezquinas y propias de espíritus pequeños?

No señor: entre nosotros todo debe ser grande. Grande la deuda pública, grande el descrédito del papel, grande el vacío de la agricultura, grande en fin todo lo que lo ha sido hasta ahora, y continuará siéndolo hasta la consumacion de los siglos.

Cualquiera que lea los anteriores renglones juzgará que el autor de la Arlequinada es uno de estos españoles de calzas atacadas, enemigo mortal de toda reforma y de salir un paso mas allá de lo que hicieron nuestros sapientísimos abuelos. Pues el que así piense, se engaña de medio á medio. Me gusta mucho todo lo nuevo, y aun por eso tengo tanta gana de ver urbanidad en los oficinistas, prontitud en los tribunales, pureza en las administraciones, y

sabiduría en las sociedades patrióticas. Bailaré de contento el día que me digan que los ministros sonrien, que los oficiales oyen, que los porteros saludan, y que la tesorería paga. Señalaré con piedra blanca en los fastos de mi vida, el momento feliz en que los escribanos no gobiernen á los jueces, en que los procuradores no enreden, y en que los Abogados hablen en castellano; en fin tal es mi afición á novedades que andaría cien leguas á pie por ver un marqués ilustrado, un diarista juicioso y un republicano español hombre de bien.

Mucho he dicho en pocas palabras, y por lo mismo necesito para descargo de mi conciencia, echar una poca de agua á este guisado para que se aclare; en cuya virtud, digo: que hay cierta clase de chuchumecos que desdeñan el nombre de liberales, y miran con ayre de proteccion al Código de nuestras leyes fundamentales, creyendo que solo á ellos está reservado

el penetrar en los arcanos de la verdadera política, y que les está guardada la suerte de regenerar esta nación. Semejantes hombres no hubieran querido tanta docilidad en el Rey, ni tanta moderacion en el pueblo, sino una poquita de jarana para llevar adelante sus magnificos proyectos. El gran sacerdote de esta secta, se nos vino de luengas tierras, con ideas destrozadoras, alborotadoras y guerrilleadoras, y se le cayeron los palos del sombrero cuando pasó los Pirineos y vió que la cosa habia pasado en paz y en gracia de Dios. El acólito que le acompañaba, con el designio de fundar la libertad le aconsejó el liberalismo medio de tener á su devocion un cuerpo de tropas permanente y cuando fué á tomar el pulso á la opinion pública sobre este generoso designio, tuvo que salir con el rabo entre piernas no solo de la ciudad, sino de la provincia. Esta gente forma rancho aparte del resto de los españoles; se mezclan con pocos y sacan la pata si

suben á la tribuna. Si llegase el caso de que nos mandasen; ¡ qué código humano nos habian de dar! ¡ qué combinaciones tan profundas! ¡ y qué estabilidad y firmeza en sus opiniones políticas! digalo sino el referido *Gran Lama* de la cofradía el cual ofreció generosamente sus servicios á un Rey *mui liberal*, quien por esta noble oferta le concedió 16000 reales de pension que cobraba exactísimamente sin perdonar un maravedí: es verdad que intervino en la concesion de esta gracia, un *Lord* protector de la libertad, al modo que lo son el *Gran Sofi de Persia*, el Emperador de Marruecos, y el Alcaide de la Carcel. ¿ No pudieran irse todos estos *ultraliberales* (1) á mandar regimientos de cosacos al pie del monte caucaso donde está aquel grande amigote suyo, que fué íntimo de José Napoleon mientras fué feliz, y cuando empezó á per-

(1) Vide miscelanea, número.... no tengo presente.

der terreno le volvió la espalda y falsificó la firma de un mariscal para escamotar dos ó tres plazas fuertes? Yo quisiera que con presencia de estas y otras aventuras, el autor del *examen de las causas de la persecucion de los francmasones*, compusiese otra obrita intitulada: *Examen de las causas del desprecio con que son mirados en España los francmasones españoles*; yo me encargo á lo menos del índice, y para que no me reclame luego el cumplimiento de mi palabra, allá va en cuerpo y alma.

Capítulo. 1. Historia del Secretario de la logia de santa Julia; analisis de sus piezas dracmáticas y cuadro de sus amores. 2. Apuntes para la Historia del gran Oriente de Granada, de como se exigia dinero á las Logias, de como se invertia, y de la franqueza con que los hermanos se denunciaron unos á otros. 3. Historia de la Logia de la calle de los Jardines; de la renta que sacaba de ella el que la fundó, y de lo

que en ella sucedió á un hermano con una hermana teniendo por resultado un hermanito: 4. del magnetismo masónico, y de como puede ser uno mason y pantomimo, bufon y liberal, sin perjuicio de ciertas dudas en la parte militar de su vida.

Dejemos en paz á esta gente, y no les hagamos el honor de remover el inmundo compuesto de sus flaquezas y de sus errores, y demos un salto de ellos á los otros. ¿Quiénes son los otros? una poquita de paciencia que no tardará el curioso lector en ver la analogía que hay entre los otros y los unos.

Sepan cuantos esta vieren que el primero de mis hercúleos trabajos, el primogénito de mis entrañas, el mayorazgo de mi decencia, en una palabra, la *Arlequinada diplomática*, despues de haber dado malisimos ratos á un hombre *mayor*, buenisimos á muchos menores y abundante pretesto á comentarios, nota y aplicaciones de

los malignos, de los curiosos, y de los anti-diplomáticos, semejantes á una semilla que se deposita en el seno de la tierra, se calienta, se humedece, se abre, se desarrolla, crece, sale de sus prisiones y produce un arbol lozano y vigoroso, se plantó en el cerebro de uno que sabia mas que yo; y regada con el agua del mal humor y fecundada con el estiércol de la diplomacia, ha producido un folleto con el título *de correcciones á la Arlequinada diplomática*, pero ¿qué folleto? el mayor de los folletos que ha dado de sí la folletería: folleto que merecia estamparse en letras de oro á la puerta de la Secretaría de Estado, folleto en fin que va á producir horripilacion, palpitaciones y flato hístico á mas de cuatro si aún conservan algun resto de aquella vergüenza que suelen perder en el curso de su brillante carrera.

Anonadado bajo el peso de la sabiduría de mi anotador, le cedo el puesto, y confieso mi inferioridad.

No: jamás mi penetracion llegó á oler que la gazeta era una ramificacion del árbol diplomático, y debí haberlo conocido por muchos síntomas que presenta aquella buena señora, cada vez mas atrasada de noticias; cada vez mas rutinera, cada vez mas miserable; jamas llegaron á mis oidos las aventuras de Sancho, padre, tio, suegro, primo y protector de tantos sanchitos; jamas se recrearon mis miradas en aquella magnífica galería de retratos que mi continuador ha dibujado con tanta maestría. Salve pues, varon estupendo, azote de arlequines, terror de botarates, espantajo de lengüeteros, continúa en tu noble carrera; lucha, no desmayes, batalla, no cedas, azota, no aflojes hasta que tus empujes y golpes y palmadas, conviertan en polvo, reduzcan á nada, transformen en cenizas á la dichosa carrera, y á los que en ella tan desenfrenadamente corren. Entonces, hecho un monton confuso de Cafeteros de

Trieste, jugadores de monte, soldados de caballería, protectores de Transfugos, y otros vichos de esta especie, les aplicaremos fuego y colocaremos en el sitio en que el auto de fe se verifique, una lápida de piedra berroqueña con una inscripción que diga

HIC

Stultorum catervam

Hispaniæ pestem

Patriæ flagitium

AD

Nihilum reduxit

VERITAS.

El sacudidor de tundas.

APENDICE.

Hallábame algo incomodado de resultas de haberme puesto encima de la boca del estómago (sin ser general) una faja bordada: andaba cavizbajo y moquicaído, haciendo tristes

reflexiones sobre la proximidad del heroísmo, y de la fatuidad, cuando llegó á mis oídos la forma de la llegada del general Quiroga. A este nombre lancé un profundo suspiro, porque me he llevado tantos chascos, y me han parecido tan chiquitos de cerca, hombres que son tan grandes vistos de léjos!

Pero, no, esforzado y magnánimo jóven! te he visto, te he oído y te he admirado. La grandeza de tú alma es solo comparable á tu noble modestia.... Perdona que tu heróico nombre se estampe al lado de los cuadros que acabo de trazar, y que tú no ménos buen ciudadano, que esforzado guerrero deploras en medio de tus triunfos, como los deploramos todos los que nos interesamos en las dichas de la Pátria.

Pero si supistes esgrimir el acero para sacar de su opresion á nuestra perseguida libertad, ahora que la Pátria te confía el noble depósito de sus derechos, no desmayes en la di-

ficil empresa de sostenerlos y consolidarlos. Mas enemigos amenazan á las mejoras que se van á proponer y adoptar en el Congreso, que amenazaron á tu egército en las inmortales murallas de la Isla: enemigos ocultos, insidiosos y vengativos, que pelean sin mostrarse con las armas de las falsas doctrinas, y de la calumnia, y que se guarecen á la sombra de los pretextos mas sagrados.

Para destruirlos, no basta que los representantes de la Nacion sancionen leyes sábias y justas; es necesario que el gobierno camine con vigor y que renuncie á la flogedad, á la apatia, á la indiferencia de que hemos cogido frutos tan amargos.

Ministros populares, asequibles, sin parientes, sin paniaguados, ministros que no se coalizen sino con el pueblo y con el trono, que no protejan sino al mérito, que no coloquen sino al que es digno de serlo; esto es lo que la Nacion española necesita.

Coopera con tus ilustres compañeros á este fin tan deseado, y entonces la corona de encina que adornará tus sienes, no será ménos gloriosa que la de laurel que te adorna; la Pátria te deberá dos veces su salvacion y nosotros un inmenso tributo de reconocimiento.

SEGUNDO.

El número de la Ley del dia 11 de julio ha valido á su editor una mina de plata. ¡Qué bien escribe el pícaruelo! ¡Cómo sabe dorar la píldora para que cuele! ¿Puede haber alusion mas fina que aquella del grillete? y ¿no es la cosa mas ingeniosa del mundo indicar con tanta delicadeza la suerte que aguarda al editor y el puesto que va á ocupar en alguna de las casas de recreo que el gobierno español posee en la costa de Africa? Allá vayas en paz ilustre antagonista de un conde, á quien combatiste con tanto decoro y carác-

ter; allá vayas en gracia de Dios á preparar la habitacion de tus dignos compañeros los *Conservadores* de la reputacion agena; allá vayas y no vuelvas á ser, como lo has sido, el sublime modelo de la ley del embudo.

Aseguran que se está escribiendo en la secretaria de guerra un libro sobre *tratamientos* y que se ha encargado su redaccion á un individuo que entiende de la materia, puesto que *trata* con intimidad á quien tiene *tratamiento*, recibiendo muy buen *trato*.

Dicen que se nos tuerce el Emperador de Rusia. Ya le dirá cuatro cosas bien dichas el señor Salmon, si no ha quedado convencido con las que le haya dicho el señor Noeli.

¡Qué coleccion de Ex-ministros de estado se va juntando en Madrid! ¿de que sirven arrinconados preguntará algun curioso? De lo mismísimo que servian cuando no lo estaban.

¡Gracias á Dios que vinieron las

Córtes para que respirasen los pobres redactores del Universal! ahora á lo ménos, no andarán amontonando lugares comunes para comentar los artículos de la Constitucion ni echando mano de las cartas en que el señor Sangenar le dice á su correspondiente lo que todos sabemos tambien como él. Le ha salido tan felizmente á dicho Universal insertar en columnas (para que avulte) las comisiones nombradas en las Córtes, que trata de poner en la misma forma los nombres de todos los señores diputados que asisten y cuando le sobre papel, los de los concurrentes á las galerias,

MADRID:

IMPRENTA QUE FUÉ DE FUENTENEbro,

1820.

Se vende en las librerias de Brun, frente á las cobachuelas, de Orea, calle de la Montera y de Ruiz calle de Preciados. Su precio 2 reales vellon.



